**Redireccionando la empatía**

**Por: Coctel anticapitalista**

 Escribir sobre empatía es iluminar mis propios límites. Me cuesta soltarme por miedo a quedar expuesta y mostrar mi forma de comprender a las demás personas. Hablar de este sentimiento es siempre hablar de un borde: no podemos sentir lo que no somos, lo que nunca fuimos ni seremos. Tal como plantea Levinas[[1]](#footnote-0), la verdadera ética surge al reconocer la irreductible alteridad de la otra persona y nuestra responsabilidad hacia ella. Ese límite personal también tiene una dimensión que impacta en lo social, y me interesa indagar qué hacemos con él. Quedémonos con esa afirmación: no podemos sentir empatía hacia lo que no somos, no fuimos ni seremos. Basta con pensar en las palabras de las madres: “tenés que cuidar a los ancianitos, ¿qué vas a hacer cuando vos seas anciana?” Siempre poniendo hincapié en el beneficio propio, haciendo parecer que la empatía solo nos sirve como una herramienta para intereses personales.

 Esta inquietud no es nueva. Aristóteles[[2]](#footnote-1), por ejemplo, pensaba en el ser humano como un animal político, sujeto a deberes sociales y cívicos que lo diferencian de otras especies y tendiente a desarrollarse en distintas comunidades. Etimológicamente, la palabra empatía en principio significaba pasión[[3]](#footnote-2), implicaba un sentir junto al otro, compartiendo su estado emocional o entendiendo su perspectiva.

 Pese a estas definiciones claras, en la práctica la empatía no siempre se ejerce como virtud cívica o como pasión compartida. Muchas veces se degrada en mera herramienta utilitaria, y ahí surge una tensión mucho más incómoda: ¿cómo podemos definir entonces al humano? Pareciera que nos reducimos a individuos que solo buscan maximizar sus propios beneficios; y qué desesperanzador tener que concluir en esto, ¿no nos queda más que quedarnos en el aislamiento? Nuestra forma de actuar se rige bajo la visión hacia nosotros mismos como seres individuales; queremos creer que somos tan mínimos que nada de lo que hagamos pesa: apenas un garbanzo perdido en un kilo. Pero no somos garbanzos duros ni aislados. Nos soltamos en el mundo, nos rozamos, nos golpeamos, nos mezclamos. Somos legumbres en remojo: blanditas, vulnerables, conscientes. Y en ese roce constante nos vamos dejando huellas mutuamente; no hay garbanzo que se salve de tocar a otro. Incluso intentar aislarte tiene consecuencias. Tal como plantea Spinoza[[4]](#footnote-3), nadie podría abastecerse, alimentarse o protegerse sin la cooperación de los demás. Cada acción aislada genera consecuencias que nos devuelven a la red social que habitamos. Entonces, aún cuando creemos que nos aislamos, seguimos impactando en el tejido común; nuestras decisiones individuales no son neutras, forman parte de un mundo interdependiente.

 Un ejemplo claro de la empatía en acción es simple: salís a la vereda de casa y un nene que iba en bicicleta se cae a la acequia. Seguramente, tu reacción inmediata sea acercarte al niño y ayudarlo. Esa reacción nace de un impulso empático, casi instintivo, de nuestra capacidad de ponernos en el lugar del otro. Es ahí, cuando el dolor del niño se vuelve nuestro a modo de compasión, que comprendemos cómo estamos interconectados.

 En vez de vernos como individuos solitarios, intentemos distinguirnos del otro lado como un número plural. Somos sujetos, unidos unos a otros, conformando una sociedad. No estamos injertos en el mundo sino que somos cada ladrillo de esa construcción, donde incluso un dolor individual trasciende y se convierte en parte del tejido social; si mi dolor es dolor, es un dolor social. Cada experiencia individual adquiere peso colectivo, marcada y marcando a quienes nos rodean.

 Otro punto que toma protagonismo es nuestra creencia sobre el valor personal[[5]](#footnote-4) y cómo este podría explicar la estrategia que utilizamos para desarrollarnos principalmente como individuos. Aunque muchos libros y videos de autoayuda nos vendan que nuestro valor depende únicamente de la mirada hacia nosotros mismos, no es así. Esa percepción es un pilar fuerte, pero no el único que define quiénes somos; la visión y crítica de otros también influyen en nuestro valor, justamente porque estamos interconectados. El valor personal puede entenderse como una moneda de dos caras: el valor intrínseco, que reconoce la dignidad de cada persona independientemente de la opinión ajena o propia; y el valor instrumental, que refleja la utilidad o reconocimiento que obtenemos según cómo nos percibimos a nosotros y a los demás conjuntamente. En la práctica, tendemos a priorizar el valor operativo sobre el intrínseco, y ahí es donde jerarquizamos a la gente, olvidándonos de que la dignidad intrínseca coexiste con ese valor.

 Justo ahí es cuando la empatía toma protagonismo. Si dejamos de pensarnos como individuos aislados y nos enfocamos en nosotros como sujetos interconectados, la empatía sigue siendo una herramienta poderosa. No como una misión personal, sino como un recurso de beneficio colectivo: si mi dolor es dolor de la sociedad, de algún modo carga sobre toda la red social. La empatía nos permite comprender el sufrimiento ajeno y, al hacerlo, reconocemos que ninguna experiencia queda aislada, transformando el dolor individual en parte del tejido social que habitamos.

 Cuando la empatía se apaga, lo que aparece no es solo la guerra en su forma más brutal, sino la barbarie más profunda: dejar de ver humanidad en el otro. Es convertir a alguien en un número, en una estadística que se repite en los partes de guerra, en un murmullo lejano que ya no nos golpea el pecho. El extremo de la falta de empatía es la deshumanización. Y cuando llegamos ahí, cualquier cosa parece permitida: que la muerte ajena se vuelva rutina, que el dolor se justifique como daño colateral, que unas vidas pesen menos que otras. Kopel lo dice sin rodeos[[6]](#footnote-5): los crímenes atroces comienzan cuando dejamos de sentir con el otro, cuando el espejo se rompe y ya no reconocemos nada de nosotros en su sufrimiento.

 Esta pérdida no ocurre solo en escenarios bélicos. Desde lugares tan distantes como Argentina, tendemos a pensarnos como individuos ajenos al dolor ajeno. Ese distanciamiento crea una ilusión de inmunidad, como si lo que ocurre en Gaza o Ucrania quedase fuera de nuestro mapa moral. Pero la interconexión nos atraviesa. Los actos de violencia y deshumanización repercuten en nuestra ética colectiva, en las narrativas que validamos, en cómo aprendemos a mirar al otro. Pensarnos como sujetos aislados no nos protege: solo posterga el momento en que la falta de empatía nos alcanza. Así, el direccionamiento de la empatía se achica, encerrándose en círculos cada vez más pequeños; nos conmueven menos los dolores que no se parecen a los nuestros. Lo que dejamos afuera se acumula como herida abierta en el cuerpo social, recordándonos que el dolor que negamos también nos pertenece.

 ¿Qué queda de la empatía si solo se activa cuando me conviene o cuando me identifico? Ese encapsulamiento en la experiencia propia limita lo que podemos sentir y erosiona la posibilidad de vernos como sujetos en común, siendo no solo causa sino también efecto del individualismo. Muchos pensadores advirtieron este giro hacia el encapsulamiento del yo. Bauman[[7]](#footnote-6), por ejemplo, habló de una “modernidad líquida” donde los vínculos se vuelven frágiles y reversibles. Ese debilitamiento del lazo social nos empuja a refugiarnos en cápsulas individuales, desde donde la empatía parece cada vez menos necesaria salvo que impacte en nuestro propio bienestar.

 Entonces tenemos dos desafíos alarmantes: quienes ocasionan la injusticia y la neutralidad con la que reacciona el mundo. Vivimos en un tiempo de hiperconexión: cualquier imagen cruza fronteras en segundos, cualquier noticia nos llega al instante. Sin embargo, esa misma globalización que debería acercarnos nos encapsula. Miramos la pantalla, sentimos un impacto rápido, pero enseguida nos convencemos de que “eso no me toca”, aunque sí nos atraviesa. Si cada dolor individual repercute en lo social, este dolor también nos alcanza. El problema es que elegimos no reconocerlo: lo empujamos hacia afuera, lo disfrazamos de lejanía. Esa reacción colectiva de indiferencia revela cómo la globalización, en lugar de multiplicar nuestra empatía, la diluye en un océano.

 La empatía funciona como una herramienta indispensable porque nos recuerda que no somos seres aislados, sino que formamos parte de un entramado de interconexiones que atraviesan nuestras acciones, decisiones y experiencias. Nos permite reconocernos como sujetos entre otros sujetos, con un valor que no depende solo de nuestra mirada, sino también de cómo interactuamos y nos afectan mutuamente. Aunque a veces lo neguemos, cada gesto, cada reacción y cada dolor individual repercuten en la comunidad a la que pertenecemos y en el tejido social que construimos colectivamente. Ejercitar la empatía nos ayuda a resistir el encapsulamiento individualista y nos ofrece la posibilidad de comprender que nuestras vidas están profundamente entrelazadas, que incluso los actos más pequeños tienen un efecto en los demás, y que la responsabilidad y la conexión no son opciones, sino la base de nuestra existencia compartida

BIBLIOGRAFÍA

* *“El terror de lo idéntico”* - Emmanuel Levinas

 *“La civilización empática”* - Jeremy Kifkin

* *“Ética”* - Barcuh Spinoza
* *“Fundamentación de la metafísica de las costumbres*” - Immanuel Kant
* *“Crítica de la razón práctica”* - Immanuel Kant
* *Nota “Israel en su hora más oscura: ¿Qué significa la destrucción de Gaza?” -* Ezequiel Kopel
* *“Modernidad líquida”* - Zygmunt Bauman
1. Capítulo 6. “El terror de lo idéntico” E. Levinas [↑](#footnote-ref-0)
2. Zoon politikón. del griego antiguo ζῷον, zỗion, «animal» y πολῑτῐκόν, politikón, «político (de la polis, ciudad)», «cívico» [↑](#footnote-ref-1)
3. Tomada del griego εμπάθεια ("empatheia") [↑](#footnote-ref-2)
4. “Ética” Spinoza 1677 [↑](#footnote-ref-3)
5. E. Kant desarrolló estas ideas, sin embargo los términos fueron interpretaciones de diversos comentaristas modernos [↑](#footnote-ref-4)
6. Israel en su hora más oscura: ¿Qué significa la destrucción de Gaza? E. Kopel [↑](#footnote-ref-5)
7. Bauman, “Modernidad líquida” [↑](#footnote-ref-6)